

Vigésimo Noveno Domingo del Tiempo Ordinario B2021

Las lecturas de este domingo hablan de la importancia de servir. Muestran que servir a los demás en lugar de a uno mismo es el mayor honor que alguien puede tener. Nos invitan a sacrificarnos por el bien de nuestros semejantes.

La primera lectura describe la profecía de Isaías sobre los sufrimientos del siervo de Dios. Destaca en particular el hecho de que sus sufrimientos estaban según el plan de Dios. También muestra que a través de sus sufrimientos, muchos se salvarán y él será recompensado por Dios.

Lo que este texto nos enseña es que la salvación surge del sufrimiento. Otra idea es la certeza de que al aceptar voluntariamente sufrir y sacrificar su propia vida, el siervo de Dios se convierte en fuente de salvación para los demás.

Este texto nos ayuda a comprender el punto del Evangelio de hoy en que Jesús invita a sus discípulos a mostrar su grandeza a través del servicio a los demás en lugar de a ellos mismos. En primer lugar, el Evangelio dice que Santiago y Juan, dos de los discípulos de Jesús, querían que les diera una posición privilegiada en su reino.

Luego, da la respuesta de Jesús que les preguntó sobre su capacidad para soportar los sufrimientos por los que tuvo que pasar. Como respondieron positivamente, Jesús les dijo que no dependía de él hacer que sucediera, sino de su Padre.

Después de esto, el Evangelio da la reacción indignada de los otros apóstoles que estaban descontentos por la solicitud de sus colegas. El Evangelio termina con la declaración de Jesús de que, a diferencia de los grandes de este mundo que dejaron sentir su autoridad sobre sus súbditos, deberían ser diferentes.

En consecuencia, el Evangelio dice que, a ejemplo del mismo Jesús que dio su vida por muchos, quien quiso ser grande debe ser servidor de los demás y quien quiso ser el primero, debe ser esclavo de todos.

¿Qué aprendemos de este texto? Hoy quiero hablar del poder de servir. En el evangelio de hoy, los dos hermanos Zebedeo, Santiago y Juan, le piden a Jesús que les permita sentarse en su reino, uno a su derecha y otro a su izquierda.

Sentarse a la derecha o a la izquierda de alguien significa estar en posición de comendar y de ser como hombres principales con quienes alguien puede contar. De hecho, según el entendimiento de los discípulos, al emprender un viaje a Jerusalén, Jesús estaba a punto de establecer su reino. Triunfaría sobre todos los enemigos de Israel y devolvería su autonomía al país. En ese contexto, habría una oportunidad para que ellos fueran los hombres con los que Jesús podría contar.

Desafortunadamente, su visión era simplemente humana, guiada por el deseo de ser el más grande entre sus compañeros. Por eso los otros apóstoles se indignaron con los dos hermanos por lo que pedían. En verdad, Jesús iba a Jerusalén para morir y cumplir la misión que el Padre le había encomendado.

La recuesta de los discípulos, de hecho, resalta el problema con la mayoría de nuestras oraciones. También queremos que Jesús haga todo lo que le pidamos. Y, sin embargo, la verdadera oración debe ser siempre que la voluntad de Dios se cumpla en la tierra como en el cielo. Si queremos parecernos a Jesús, tenemos que imitarlo en su humildad y pequeñez.

Por eso, para Jesús, la grandeza no está en la búsqueda de estatus o posición, sino en la forma de servir a los demás. Mientras más personas sirven a los demás sin perseguir intereses personales y dan lo mejor de sí mismas por el bien de los demás, más grandes son. Se trata de poder para servir más que de poder para mandar. Por tanto, la petición de los hermanos Zebedeo es algo que se hace según el estándar humano donde la grandeza tiene que ver con el estatus y las posiciones que con el servicio a los demás.

Entonces, incluso si los dos hermanos aceptaran sufrimientos por el bien del reino, esto todavía no significaría que Jesús les concedería su pedido de gran honor. El sufrimiento es el precio de la grandeza, pero es el precio que se requiere para seguir a Cristo. Lo seguirían y sufrirían, pero por eso no se sentarían a su derecha ni a su izquierda en el reino. Solo Dios el Padre puede hacer grande a alguien en su reino después de haber sido juzgado digno de él. Y el criterio de juicio es el servicio a los demás y no la búsqueda del honor para uno mismo.

En este sentido, la grandeza surge de la oportunidad de servir y hacer el bien a los demás y no de otra manera. Al decir eso, Jesús no demoniza el deseo humano de grandeza. Lo que quiere es que nuestro deseo de grandeza se vea en la forma en que nos esforzamos por hacer el bien a quienes están bajo nuestra dirección, en lugar de simplemente enfocarnos en nuestros intereses personales. También en la concepción de Jesús, la grandeza tiene que ver más con la aspiración de servir a los demás y menos con el deseo de tener autoridad.

Esta demanda de Jesús es un desafío porque hay en cada uno de nosotros un deseo innato de dominar sobre los demás. Pero, es aquí que debemos mostrar que somos transformados para el Evangelio, que no vivimos simplemente según la naturaleza humana sino guiados por la gracia de Dios. La obra de gracia nos ha transformado en servidores de nuestros semejantes. El modelo a seguir aquí no es el mundo sino Jesús. Toda su vida sirvió hasta dar su vida en la cruz por los demás. Si no podemos actuar como el, no podemos hacernos sus discípulos verdaderos.

Hoy Jesús nos desafía seriamente con respecto a la forma en que ejercemos nuestro liderazgo y asumimos nuestros diversos roles en la sociedad. Un verdadero líder es el que se sacrifica para hacer felices a los demás, y no el que hace que los demás sientan su autoridad. Un gran líder no es el que deja que la gente le sirva, porque está en una posición de autoridad, sino el que les sirve. Un líder no usa su autoridad para doblegar a las personas a su voluntad, sino el que sabe respetar a los demás en su puesto para que obedezcan de buena gana y no por coacción.

Al decir esto, no quiero decir que para ser un buen líder, tengamos que ser fáciles o blandos con quienes están bajo nuestra autoridad. El problema radica en la forma en que ejercemos la autoridad, ya sea que se convierta en una carga para los demás o en una forma de ayudarlos para que cumplan sus aspiraciones más profundas.

Oremos, entonces, para que el Señor nos ayude a buscar la grandeza a través del servicio a nuestros hermanos y hermanas. Pidámosle que nos ayude a desear sobre todo lo que es beneficioso para nuestros semejantes, en lugar de centrarnos en nuestros propios intereses. ¡Dios los bendiga a todos!

Isaías 53: 10-11; Hebreos 4: 14-16; Marcos 10: 35-45



Fecha de la Homilía: el 17 de Octubre, 2021

© 2021 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20211017homilia.pd